

mento y el Magisterio de los Papas; la propia experiencia de la vida de cada uno; y las experiencias de los demás.

El autor nos descubre un pensamiento, el de Rovirosa, francamente brillante, abogando por vías moderadas en una lucha entre el comunismo y el capitalismo que se hizo más encarnizada que nunca precisamente a partir de la llegada de este seglar a la HOAC (comienzo de la *guerra fría*). Ejemplos de este pensamiento moderado era su no defensa ni de la propiedad privada capitalista de los medios de producción ni de la colectivización; o la afirmación, por ejemplo, de que la Iglesia, así como afirmaba la necesidad de la propiedad, no hacía lo mismo con el capitalismo. Debemos destacar, en este punto, la notable capacidad de Díaz para explicar con claridad el pensamiento de Rovirosa, resultando bastante ameno el relato. Parece evidente que este seglar era un hombre capaz de compatibilizar el compromiso con las capas más desfavorecidas (a las que él pertenecía) con la fidelidad a la Iglesia, algo que él consideraba que debía plantearse siempre desde una profundización en la fe cristiana.

Esa fidelidad a la Iglesia se puso más que nunca de manifiesto cuando Rovirosa fue destituido como Director del boletín de la HOAC en 1956 y, un año después, se le alejó de la Comisión Nacional de la organización. Aunque era una muestra más de la connivencia de aquella Iglesia con el Régimen de Franco, Guillermo Rovirosa quiso ser ante todo obediente y aceptar las decisiones de su jerarquía. Quizá por eso este seglar, que además sufrió un desgraciado accidente (perdió un pie en el mismo año 1957), quiso pasar los últimos años de su vida en el monasterio de Montserrat, el gran centro intelectual-eclesial de Cataluña donde pudo dedicarse por completo a esa vida interior que tan fundamental consideraba. En ese sentido, Carlos Díaz no tiene reparos en afirmar que Rovirosa fue desarrollando una espiritualidad seglar que fue el trabajo más serio que se hizo en España antes del Concilio, un concilio que Rovirosa vio nacer y crecer pero cuya culminación nunca vio porque la muerte le sobrevino tan sólo un año antes.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

JOSÉ LUIS LORIENTE PARDILLO, *Ignacio Ellacuría* (Madrid, Fundación Emmanuel Mounier, 2004), 112 pp. ISBN: 84-95334-68-2.

Uno de los hechos que más han conmocionado a la Iglesia universal en las últimas décadas fue el asesinato de seis jesuitas y dos mujeres en El Salvador en 1989. Entre aquellos religiosos que perdieron la vida se encontraba un brillante filósofo-teólogo vasco, Ignacio Ellacuría, que ha sido objeto de varias biografías. La que ahora pasamos a analizar constituye una interesante aproximación a su persona, siendo el resultado un libro francamente ameno y bien escrito. En realidad, éste se ubica dentro de una colección que la Fundación Emmanuel Mounier ha comenzado a editar en los últimos años y que aborda la vida de personas de gran relevancia dentro de la Iglesia católica, como Teresa de Calcuta, Óscar Romero, Guillermo Rovirosa o el propio Ellacuría.

La obra ha sido prologada por el también jesuita Manuel Cabada, que, además de haber sido profesor del autor del libro, fue compañero de Ellacuría en Innsbruck (Austria) durante casi dos años, desde el otoño de 1960 hasta el verano de 1962. Cabada recuerda a Ellacuría como un hombre con capacidad de liderazgo, persona de gran sensibilidad social y brillante intelectual, pero su recuerdo no se circunscribe

exclusivamente al biografiado, sino también a Segundo Montes, que, como Ellacuría, fue asesinado en aquella madrugada del 16 de noviembre de 1989 y que, como el teólogo vasco, fue compañero de Cabada en Innsbruck, de hecho incluso más tiempo (Cabada y Montes se ordenaron juntos en julio de 1963).

Tras este prólogo y una introducción donde el autor recuerda que Ellacuría, como él, se había formado en la Universidad Complutense de Madrid (donde defendió su tesis sobre el filósofo Xavier Zubiri), el libro se estructura en torno a cinco partes fundamentales. La primera, como es lógico, se centra en la primera etapa de la vida de Ellacuría, la de la gestación de su vocación jesuítica y la de la formación eclesial, así como de la realización de la tesis doctoral. Una tesis que fue más compleja de lo normal en la medida que el pensador analizado, Xavier Zubiri, todavía se encontraba vivo, lo que hizo más peculiar el estudio al permitir un contacto estrecho entre el doctorando y el objeto de la tesis (el propio Zubiri).

La segunda parte del libro nos lleva a otra parte del mundo, el continente latinoamericano, donde Ellacuría tomó contacto con la que iba ser una de sus grandes influencias vitales: la Teología de la Liberación. La tercera, a su vez, narra el afinamiento de Ellacuría en El Salvador, donde comenzó a ser una de las grandes figuras de la Universidad Centroamericana (UCA), enlazando con la cuarta parte, aquella en la que su pensamiento se consolidó y alcanzó fama y renombre. La última parte del libro, la quinta, es la que se refiere, evidentemente, a la tragedia del asesinato de Ellacuría y de siete personas más, confirmando las previsiones más negativas en un país donde la principal cabeza, el Arzobispo de San Salvador (Óscar Romero), había sido asesinado nueve años antes. El autor concluye con una reflexión filosófica-teológica que pone de manifiesto el talento de Loriente, quien, a pesar de su juventud, ha sido capaz de escribir un libro francamente sólido, donde el talento narrativo es evidente y donde, a pesar de que resulta evidente la admiración que siente por su biografiado, la objetividad es una constante a lo largo de las más de cien páginas de que consta la obra. En ese sentido, son pocos los elementos que podemos censurar: de hecho, se reduce a pequeñas cuestiones formales, particularmente en las notas a pie de página (no se entiende muy bien la cita que enlaza con la página «web» del pueblo de Portugalete (Vizcaya), localidad natal de Ellacuría). Por todo ello, nuestra opinión es bastante positiva una vez concluida la lectura del libro.

Como recuerda José Luis Loriente, Ellacuría era un hombre casi predestinado al sacerdocio: miembro de una familia numerosa vasca, educado dentro del ambiente *nacionalcatólico* que imperaba en la España de la posguerra y dotado de una más que una notable capacidad intelectual. Además, había estudiado el bachillerato en el centro que la Compañía de Jesús tenía en el pueblo navarro de Tudela. Sin embargo, los jesuitas de este centro nunca pensaron que Ellacuría pudiera llegar a ser uno de ellos, lo que acabó haciéndose realidad cuando ingresó en el noviciado de Loyola en septiembre de 1947. En cualquier caso, por los avatares de la época y por su propio origen vasco, Ellacuría se encontraba destinado a anudar lazos con el continente americano. Sólo dos años después fue enviado a El Salvador y, unos meses después, ya se encontraba en la capital de Ecuador (Quito), donde estudiaría Humanidades y comenzaría Filosofía. En ese sentido, se evidencia a lo largo de la obra que Loriente es hombre de formación filosófica y, por ello, en lugar de centrarse en los aspectos puramente históricos, trata de ahondar en las raíces del pensamiento de Ellacuría y en cómo pudiera enlazar ello con la formación recibida en Innsbruck, donde el biografiado sería alumno del célebre teólogo jesuita Karl Rahner. El autor tiene claro

que Ellacuría era un filósofo en el marco del neotomismo abierto, un tomismo dialogante que se encontraba muy lejos, precisamente por lo avanzado del mismo, de las corrientes que se estudiaban en aquella época en España.

Fue ahí cuando se puso de manifiesto uno de los principales elementos de la personalidad de Ignacio Ellacuría, que era el deseo de trabajar con fórmulas originales. De ahí que, al decidir realizar una tesis sobre Zubiri, le dijera al filósofo que quería hacer una investigación «sobre él» y «con él». La Compañía de Jesús rápidamente se dio cuenta del talento de Ellacuría y, por ello, a pesar de obligarle a retornar a El Salvador para dar clases en la universidad, le permitió pasar temporadas con Zubiri para que siguiera profundizando en la obra de este gran filósofo.

Sin embargo, la realidad vital del sacerdote vasco influiría decisivamente en él y, a partir de la finalización del Concilio Vaticano II, tomaría contacto con la recién nacida Teología de la Liberación y con una de sus principales cabezas dirigentes, el todavía Obispo auxiliar de San Salvador Monseñor Romero, que se encontraba en dicha diócesis desde abril de 1970 y que, con un paréntesis de menos de tres años en Santiago de María, permanecería allí hasta su asesinato en marzo de 1980. Debemos destacar aquí una de las grandes virtudes del libro, que no es otra que la excelente síntesis que Lorient hace de cuáles son las líneas maestras de la Teología de la Liberación: en realidad, la capacidad de síntesis (necesaria, porque la biografía de un hombre que vivió casi sesenta años y que tuvo gran relevancia se resume en poco más de cien páginas) es uno de los rasgos más notables del autor.

Hay que decir, por otra parte, que la consolidación de Ellacuría como Teólogo de la Liberación obligó a los jesuitas a tener que apartarle de sus cargos como formador de sus futuros sacerdotes, aunque permitió volver a poner de manifiesto una de las constantes en la orden ignaciana, como es su protección de la pluralidad intelectual: a pesar de las advertencias de Roma, Ellacuría jamás sería apartado de su cargo en la UCA, donde se convertiría en una figura central. De hecho, en 1975, con cuarenta y cinco años, Ellacuría tomaría la decisión de nacionalizarse salvadoreño, algo que el autor atribuye al carácter comprometido del filósofo-teólogo, negando cualquier presumible deseo de ascender en el escalafón (debemos recordar que para ser Rector de la UCA, puesto que acabaría alcanzando, era obligatorio tener nacionalidad salvadoreña).

La última parte del libro nos muestra a un Ellacuría valiente y, ante todo, dialogante, asesinado por la guerrilla salvadoreña en función de una supuesta tercera vía que abogaba por un régimen reformista de recambio y que se encontraba apoyada por los Estados Unidos, algo que Lorient descarta de manera tajante. Ese deseo de diálogo sería finalmente aplastado en aquella madrugada del 16 de noviembre de 1989. Desde entonces los seguidores de Ellacuría y de los otros asesinados siguen esperando que Roma abra un proceso para declararles mártires de la Iglesia que, a punto de cumplirse quince años de su muerte, todavía no ha sido afrontado.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.